III.

Los partidos ó facciones políticas, que por desgracia han sido entre nosotros una misma cosa, guardaban entre sí la falsa posicion que tenia el gobierno respecto de ellos. El liberal por entonces representaba los intereses de los otros que se conformaban con que llevase la bandera contra Iturbide, cualesquiera que fuesen sus antipatías y su divergencia de opiniones. Los antiguos insurgentes, los mexicanos y españoles descontentos, los gefes y oficiales que se creian agraviados, los partidarios de principios y de ideas ecsageradas, y los que sin tener opinion ninguna favorecian desde entonces todos los cambios y trastornos públicos, formaban ó apoyaban la oposicion que iba á dominar en la asamblea que se hallaba constituida.

La circunstancia de ser este cuerpo la emanacion del primer voto nacional, las cuestiones gravísimas que debia resolver, y sobre todo, la constitucion que iba á dictar, le daban un crédito inmenso y una influencia que no podia contrariarse. Merecia ademas por mil títulos los respetos de toda la nacion: en sus escaños se sentaban personas dignas de la confianza de la capital y de las provincias que representaban las letras, la judicatura, el clero, la milicia y la propiedad, y que venian con todo aquel ardor y patriotismo de que están poseidos los hombres al ocuparse de constituir al pueblo mismo que los ha nombrado.

La nacion estaba pendiente de sus trabajos, deseaba que fueran felices y parecia animar á sus representantes con una opinion tan general y tan decidida, que debió inspirarles el aliento necesario para sobreponerse á todos los peligros y dificultades. Sin olvidar al primer gefe, veia en el congreso la mision especial de afianzar sólidamente, con una buena constitucion y con leyes prudentes y benéficas, su nacionalidad. Pero tambien esperaba que la circunspeccion de sus diputados, su generosidad y el clamor mismo del pais por la buena armonía entre los poderes públicos, ahogasen todo gérmen de discordia, y proclamasen la union como el principal fundamento de la obra de que estaban encargados.

En el ejército se habia comenzado á introducir la manía de buscar celebridad por una ciega adhesion al partido liberal, y por ardientes declamaciones contra el tirano. Aunque los soldados, oficiales y gefes no podian ser seducidos fácilmente, sí se notaba que no conservaban el mismo entusiasmo por el primer gefe, y que los generales que le eran contrarios, y las lógias que no desaprovechaban ninguna oportunidad, estendian diariamente su influencia, y preparaban un cambio en la opinion de la clase militar. Las circunstancias, como ya se ha observado antes, eran favorables para conseguirlo, porque no permitian al gobierno establecido aquella fuerza y respetabilidad que solamente podia lograr con una conducta y una política mas francas y desinteresadas. Parecia que las dos ideas dominantes que tenian entonces los mexicanos, eran la de su independencia, y la de ensayar sin cálculo ni prevision alguna todos los principios que derrocaban el antiguo régimen sin poder reemplazarlo con ninguno otro. El pueblo y las clases, adictas sinceramen-

te á Iturbide, pero sin intervenir en los negocios de una manera eficaz, se deslumbraban con el lenguaje seductor de la imprenta, que todo lo permitia, y con el violento sacudimiento que habian sufrido las cosas en la península, donde siempre teniamos fijos los ojos para imitarla. En las provincias se representaba en muy pequeña escala lo que en la capital, y ejerciendo esta una influencia tan decisiva en todas ellas, se esperaban los acontecimientos y el triunfo que diesen á alguno de los partidos para proclamar sus mismos principios y doctrinas.

El congreso comenzó sus sesiones con toda aquella pasion que apenas habria podido escusarse en las circunstancias de mas gravedad y efervescencia popular. Cualesquiera que fuesen los cargos contra Iturbide, al instalar el cuerpo legislativo cumplia el ofrecimiento solemne que habia hecho á la nacion, daba un testimonio de respeto á su soberanía, y se hacia acreedor á especiales consideraciones de los representantes que por la vez primera formaban el cuerpo del que esperaba el pais beneficios tan señalados. Uno de los que pertenecian al partido liberal, D. Pablo Obregon, al ocupar Iturbide el asiento à la derecha del presidente del congreso, ó por inadvertencia ó porque no sabia el ceremonial que se observaba en semejantes casos, reclamó con violencia la preferencia del lugar que correspondia al presidente del Congreso, y el de la Regencia lo cedió inmediatamente. Una tal mocion en otro diputado ó en coyuntura menos solemne, podria haber sido de poca importancia; pero en uno que era notable por su oposicion á Iturbide y que quiso marcar la superioridad del congreso respecto de él, con un desaire recibido con aplauso en los bancos del partido liberal, no podia dejar de encender los ánimos y de escitar prevenciones dificiles de cal-

marse. Los primeros presidentes del congreso se eligieron tambien de entre aquellas personas mas notoriamente desafectas à Iturbide, y que por la circunstancia de haber servido con celo al gobierno español ó en la magistratura ó en la milicia hasta Septiembre de 1821, no eran las mas á propósito para conciliar las opiniones y dar al congreso aquella grande popularidad á que debia aspirar. El partido dominante desconoció completamente la elevada mision de la asamblea, y por desgracia suya y del pais tuvo bastante habilidad para poner de su parte hasta las opiniones mas imparciales.

Organizado con toda la fuerza que le daba la que favorecia á la representacion nacional, y decidido tambien á presentarse como el defensor de las libertades públicas y el enemigo del que las amenazaba, no temió descubrir sus intenciones, ni el mal espíritu de que estaba animado contra el gefe de la campaña de independencia. Este, con otra conducta, se habria sobrepuesto evidentemente á todas las dificultades que creaban los partidos que le eran contrarios; pero no habria podido ganar su voluntad ni su apoyo, porque unos le hacian el cargo de que los habia vencido, otros de que habia ofuscado sus anteriores servicios, los liberales de que no eran conciliables con su sistema ni su influencia, ni su popularidad, y los españoles y amigos suyos, de que era el caudillo afortunado de 1821. Todos estos partidos se dirigian, pues, por innobles pasiones, y cualesquiera que fuesen las faltas de Iturbide, ninguno queria que las reparase, sino que antes bien, deseaban que su descrédito llegase al punto en que no pudiera sostenerse en el gobierno, y les presentase la ocasion de derribarlo con todos los títulos de justicia y de bien público, y sin ningun género de responsabilidad.

Los trabajos del primer congreso se redujeron al círculo miserable de cuestiones de amor propio, presentadas y sostenidas en la tribuna con el fin siniestro de engendrar resentimientos y de preparar un rompimiento prócsimo. Escudado aquel cuerpo con la forma de gobierno que se habia proclamado y que él proclamó tambien, pudo defenderla con justicia y oponerse á cualquier paso avanzado del gobierno para contrariarla. Pero esta conducta tenia sus límites y no le autorizaba de ningun modo para suscitar debates que complicasen los negocios, dieran al espíritu de reforma liberal mayor proteccion de la que necesitaba, ni empeñasen al presidente de la Regencia á pensar en un golpe de estado para quedar bien puesto en la lucha á que lo desafiaba. Las acciones que parecen mas legales se presentan como odiosas cuando no están apoyadas en una noble intencion, y cuando cubiertas con todas las formas respetables de la justicia se encaminan al descrédito de un hombre tan ilustre como Iturbide.

Este, cometiendo una de las mayores faltas, habia anunciado al congreso que deseaba presentarse en la sesion para instruirle del grave peligro en que se hallaba el pais, y de la necesidad de tomar medidas prontas y vigorosas para conjurarlo. El congreso resolvió que no podia recibir á la Regencia ni deliberar hallándose presente, y cuando se le iba á dar aviso de este acuerdo, Iturbide entraba al salon con sus compañeros, y satisfacia prontamente á los diputados, manifestándoles que el estado de los negocios no permitia ninguna demora, y que en consecuencia no habia podido esperar la respuesta de la asamblea. Esto pasaba el 3 de Abril, muy avanzada la noche. El presidente, D. Juan Orbegozo, hizo presente á la Regencia, que conforme á lo

acordado debia retirarse, y que él no tenia facultades ningunas para permitir que la sesion tuviera un carácter estraño, contrario á las formas establecidas, y ageno tambien de la independencia con que debian proceder el poder ejecutivo y el legislativo: que por tales razones, cuanto tuviera que esponer la Regencia, debia ser objeto de comunicaciones oficiales del ministerio. Iturbide, perdiendo aquella calma y aquel dominio que ejercia sobre sí mismo, irritado por la justicia que tenia el congreso para resolver en el sentido que se le habia dicho, y sobre todo, por el mal espíritu y fuertes prevenciones que advertia en los diputados del partido liberal contra su persona, replicó violentamente: «Yo no puedo abandonar los intereses de mi patria en manos infieles: el presidente del congreso ha capitulado dos veces conmigo defendiendo al gobierno español á que pertenece. Hay ademas en el seno del congreso otros individuos de cuyo afecto á la independencia nadie puede responder." Iturbide los señalaba, y eran precisamente los directores del partido liberal á quienes suponia de acuerdo con el gobernador del castillo de San Juan de Ulúa. Los datos que presentaba, eran las comunicaciones que le habia dirigido el general Dávila, haciéndole propuestas que se contraian sustancialmente al restablecimiento de la dominacion española; y como no podia presumir que obrase sin estar de acuerdo con personas influentes que residian en el pais, y con los mismos diputados de antecedentes desfavorables á su nacionalidad, concluia con la ecsistencia de la supuesta conspiracion y con la necesidad de conjurarla inmediatamente. Yañez manifestaba, que sin embargo de ser miembro de la Regencia, nada sabia de lo que habia informado su presidente, y éste sin disfraz alguno dijo que no tenia confianza de su com-

pañero en el gobierno. La falta cometida por Iturbide era enorme, porque ni aquellos datos podian estimarse suficientes, ni era político tampoco acostumbrar los partidos á hacerse cargos de traicion que dan un carácter tan odioso á la guerra civil. Tan mal aconsejado paso no tuvo otro resultado que el de colocar en mejor posicion á los diputados sospechosos, declarados despues inocentes por el congreso, y de causar nuevo descrédito al gobierno que apelaba á semejantes medios para triunfar de sus contrarios.

El congreso, favorecido así por este acto de superioridad, y por las simpatías que escitó entre los liberales, se ocupó en separar el mando militar del presidente de la Regencia, alegando que en los paises organizados constitucionalmente, el que lleva las riendas del gobierno no puede mandar inmediatamente la fuerza armada. Esta razon era plausible, pero quizá no aplicable á aquellas circunstancias, en que no se podia dejar de hacer escepciones en favor de un hombre que señalaba la opinion como el necesario y supremo gefe de la milicia. El castillo de San Juan de Ulúa lo ocupaban fuerzas españolas, las espedicionarias aun no acababan de embarcarse, y en Juchi habian intentado una reaccion, que aunque sofocada con la mayor bizarría é inteligencia por Bustamante, y sin otro apoyo que el valor de aquellas tropas, era muy grave, porque suponia el concepto desfavorable de los gefes que las mandaban, sobre la divergencia de opiniones y la enemistad entre la regencia y el cuerpo legislativo: se temia tambien con mas ó menos fundamento que la España pensase en proyectos de invasion y que encontrase en el pais numerosos cooperadores. ¿Era prudente, pues, que el congreso en el cual dominaba el partido liberal español, diese este motivo de desconfianza á los pueblos?

Como era en estremo dificil y aun peligroso organizar un gobierno en que no figurase el primer gefe, se pensó en dirigir el golpe, ya que la medida de que se ha hablado antes no habia podido dictarse, á los demas individuos de la regencia, sustituyéndolos con otros que diesen garantías al congreso, y en efecto logró hacer este cambio el 11 de Abril, que fué tanto mas notable cuanto que solo se conservó en la regencia al individuo que se consideraba contrario á Iturbide. El Dr. D. Miguel Valentin, el conde de Casa de Heras y el general Bravo, reemplazaron al obispo de Puebla, á Bárcena y Velazquez de Leon.

Desavenencias tan ruidosas no podian dejar de dividir á la nacion, ni de escitar todo el furor de los partidos para asegurarse del poder á que aspiraban ansiosamente. Empeñado el congreso en sostener principios que no podian ser representados por los amigos de Iturbide, y éste en dar fuerza y crédito á su autoridad con un régimen absolutamente diverso, el choque debia terminarse por medios violentos y atentatorios al órden legal. Paralizado todo, porque ni el congreso podia hacer nada de provecho sin el gobierno, ni este sin aquel, los cargos que se hacian mútuamente eran terribles y ante los hombres sensatos aparecian culpables uno y otro de la situacion lamentable en que se hallaban las cosas. El gobierno se quejaba de que el congreso no arreglaba ningun ramo, de que no le proporcionaba los recursos indispensables y de que nada preparaba para el arreglo de la hacienda: de que no conocia la gravedad de las circunstancias, ni la importancia tampoco de precaver una reaccion contra la independencia; y de que el espíritu que lo dominaba era de discordia, de indignas rivalidades y enteramente opuesto al que debia animar en coyuntura tan dificil á íntegros y sa-

bios legisladores. El congreso veía en la conducta del gobierno, y muy particularmente en la del primer gefe, tendencias hostiles á la representacion nacional, un plan imprudente de engrandecimiento á espensas de las libertades públicas, una política oscura y mezquina que infundia fundadas sospechas de que se tramaba un golpe de Estado, y todos los preparativos de una monarquía que ni era conforme con el plan de Iguala y tratado de Córdoba, sancionados solemnemente por la junta y el congreso, ni podia hermanarse nunca con los verdaderos intereses del pais, ni con el régimen constitucional.

Por fuertes que fuesen las antipatías contra el partido liberal tal como lo he descrito, y por poco sincera que se considerase la adhesion á él de los otros bandos contrarios á Iturbide, contaba con muchos y activos ausiliares y tenia de su parte los recursos de la posicion social y del talento de sus directores. Pero ademas, habia en su favor una circunstancia muy notable que valia por todos los elementos de que podia disponer, y que ejercia un ascendiente irresistible hasta en los ánimos ménos bien dispuestos por los liberales. Las naciones se equivocan muchas veces, y juzgando por analogías ó por coincidencias califican una doctrina, un principio, un sistema, por los bienes que ha producido accidentalmente. En la nacion se creía generalmente que el cambio de ideas que se habia efectuado por la adopcion del régimen liberal, habia favorecido la independencia, y que sin este resorte que dió tanto vuelo al espíritu público y á la imprenta, y que generalizó las mácsimas de igualdad y soberanía popular, habria sido muy dificil que la campaña de 1821 se hubiese concluido tan felizmente. Verdad es que los principios liberales no podian convenir á las clases mas importantes ni tampoco al ejército; pero como ellos representaban una influencia gloriosa en la revolucion, ganaban de dia en dia una fuerza que era imposible resistir en el terreno parlamentario. El sistema de vigor, de energía ó si se quiere de despotismo, recordaba naturalmente la época de los vireyes, y por mucho que favoreciese el órden público, no podia defenderse sino con disimulo y como el único medio que se reservaba el gobierno, apurados todos los demas de armonía y legalidad. El primer gefe, pues, se colocaba en una posicion falsa, desconocia uno de sus mejores ausiliares durante la campaña, al paso que el congreso halagaba á todos con libertad, garantias y superioridad de la voluntad del pueblo respecto de la de pocos hombres que querian oprimirlo y burlar las esperanzas que se le habian dado.

En todo esto, sin embargo, no habia mas que imaginacion y no se veía la realidad de las cosas. Ni al congreso podia convenirle hacer triunfar sus principios y sus antipatías perdiendo al hombre ilustre que gobernaba, ni á este podia ser tampoco honroso atacar los respetos que habia ofrecido guardar al cuerpo augusto de la nacion. Las asambleas populares y los gobiernos han podido salvarse aun en circunstancias las mas dificiles y cometiendo graves errores, cuando los pueblos han advertido en ellos virtudes, generosidad, y sobre todo una resolucion firme de sacrificar ante el honor de su patria sus resentimientos y animosidades. En el congreso y gobierno mexicanos habia hombres eminentes, cuyos nombres se leen todavia con veneracion y merecen la gratitud pública por distinguidos servicios. Pero considerados estos poderes como debe considerarlos la historia, por su unidad, por su conducta y por sus trabajos oficiales, debemos tambien juzgarlos con toda la severidad

que corresponde al curso estraviado que desde entónces tomaron los negocios públicos. Empeñado el choque, y olvidado el pais, aquel periodo solo ofrece de notable las discusiones acaloradas cuyo principal objeto se contraía á presentar al caudillo de Iguala como enemigo declarado de las libertades públicas, ó al partido dominante del congreso como conspirador contra la independencia. Así corrió el tiempo hasta que los sucesos notables que se esperaban hicieron entender á las personas de juicio que no se habian equivocado.

Habiéndose sabido que en Febrero habian desechado las Cortes de España el tratado de Córdoba, y que ellas y el gobierno estaban muy léjos de reconocer la independencia, Iturbide aunque con mil peligros y dificultades no veía ya en su elevacion al trono sino la monarquía constitucional representada por el hombre que la opinion designaba como el único digno de aquel puesto, y muy conforme por otra parte con el artículo 3.° del mismo tratado que en el caso á que se referia, autorizaba á las Cortes del imperio para nombrar al que debia regirlo. El partido liberal español, desconcertado enteramente y sin plan ninguno que sostener, solo debia dirigirse por su pasion dominante contra Iturbide, y pasar por toda clase de inconvenientes, reservando á mil contingencias su suerte y la de la nacion toda.

Cuando se juzga á los hombres, es necesario tomar en cuenta sus convicciones y graduar por ellas la menor ó mayor gravedad de las faltas que han cometido. La ambicion de Iturbide ciertamente no era disculpable, y ménos al lado de la gloria de la campaña de independencia. Pero nadie puede desconocer que estuvo íntimamente convencido de que el pais no podia ser feliz sino bajo un sistema monárquico, y de que siendo imposi-

ble ya que un príncipe estrangero representase el imperio, él podia hacerlo con mejores títulos que los que han tenido otros hombres que han fundado alguna monarquía. La conducta del primer congreso, sin embargo de estar compuesto de personas tan estimables, el desenfreno de la imprenta que era hostil al gobierno y á todos los principios sanos, la discordia encendida por todas partes y las semillas de corrupcion que vió sembrar en los primeros meses de su gobierno, dominaron su alma de un modo tal, que cualquiera que haya sido su debilidad, su ambicion ó su amor propio, no se le puede culpar de que al establecer el imperio no hubiera estado sinceramente persuadido de que favorecia la conveniencia pública y la opinion general. Esta, como he advertido ya, no podia ser fundada, porque ni nuestro pueblo ni nuestras clases estaban en disposicion de juzgar con buenos antecedentes, ni de prescindir tampoco de la gratitud que se debia á Iturbide.

El partido liberal y los otros que se habian unido, no tenian fuerza que oponer al sentimiento uniforme de las masas que veian en el imperio regido por un mexicano, no solo la recompensa que se debia á este, sino el mejor título de honor y gloria nacional. Casi no se tenia idea entonces de lo que era república, y los que predicaban este sistema, ni eran comprendidos ni considerados tampoco en sus opiniones. Personages que fueron despues tan notables por sus ideas populares, como D. Andrés Quintana, subsecretario de Estado, los diputados D. Lorenzo Zavala y D. Valentin Gomez Farías, y otros ardientes republicanos trabajaban entonces en el congreso, aunque sin probabilidad de buen écsito, para que se confiriese á Iturbide la dignidad imperial, y se satisfaciese así el sentimiento de los